

DESIDERIO ERASMO DE ROTTERDAM, *El Ciceroniano*, ed. FERNANDO ROMO FEITO, Madrid: Cátedra, 2011, 224 pp., ISBN: 978-84-376-2759-5.

DESIDERIO ERASMO DE RÓTTERDAM, *Recursos de forma y de contenido para enriquecer un discurso*, ed. EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR, Madrid: Cátedra, 2011, 432 pp., ISBN: 978-84-376-2760-1.

Corremos siempre el riesgo de dar a los grandes humanistas del siglo xv y xvi por bien leídos y bien asimilados, aun cuando ése no sea realmente el caso. Dado que no podemos ubicarlos exclusivamente en el campo de la literatura, de la filosofía, de la política o de la ética (pues todos ellos trabajaron en esos campos en un momento u otro) podemos adoptar la costumbre de citarlos muy parcialmente según nuestra conveniencia, o de espigar en su inmenso legado a la búsqueda de aquellos fragmentos que nos sean más útiles para contextualizar nuestros propios argumentos. El conocimiento incompleto que de ellos tenemos es más grave ahora que en el pasado reciente, dada la creciente compartimentación de las áreas de conocimiento, y dada también la distancia entre nuestros esquemas de estudio e investigación y la cultura clásica que ellos quisieron legarnos. Por ello resultan especialmente bienvenidas estas dos ediciones de Erasmo en castellano: se nos ofrece aquí un Erasmo accesible e inteligible, tal y como él siempre quiso presentarse, que puede ser recomendado para su uso en los programas básicos de humanidades o hallar fácilmente un lugar en los mismos. Es especialmente digno de celebración que ambos textos correspondan a la veta central y más rica del trabajo intelectual del autor (y que fue la raíz de sus preocupaciones éticas, religiosas o morales): su actualización y promoción de las *bonae litterae* y de su uso como base para la actividad literaria y pública. Tanto el *De Duplici Copia Verborum ac Rerum* (editada varias veces, con múltiples adiciones, entre 1512 y 1534) como el *Ciceronianus* (de 1528) responden, de modos distintos, a esa preocupación esencial.

La fluida traducción del breve y dinámico diálogo *Ciceroniano* (a cargo del profesor Fernando Romo Feito) muestra a las claras que este texto continúa siendo plenamente disfrutable hoy, tanto para especialistas como para lectores ocasionales o estudiantes. Y ello, a pesar de que su tema pueda parecer inicialmente remoto: el objetivo del texto en 1528 no era otro que corregir los excesos a que podía conducir el culto a Cicerón entendido como modelo exclusivo de la actividad humanística, con la cerrazón consiguiente a la influencia e integración de otras fuentes clásicas o cristianas. El *ciceronianus* del título, Nosópomo, se ha encastillado en una veneración extrema de su modelo que le aleja no sólo de otras formas de cultura latina, sino incluso de toda posibilidad de interactuar eficazmente con su entorno intelectual; sus adversarios dialécticos, Buléforo e

Hypólogo, fingen superarle en la sumisión estilística a Marco Tulio, para que él acabe por ver lo inviable de su postura. Nada de todo ello debe verse como una discusión metaliteraria o una mera polémica intelectual, pues al fin y al cabo el objetivo de Erasmo no es otro que el de proponer una adecuación entre la práctica literaria y la vida, una plena integración entre ambas que permita a la primera hablar a la segunda e intervenir en ella. Si el personaje de Nosópomo se mantiene inicialmente al margen de la *res publica*, si renuncia a hablar en latín para no degradarlo, si ha llegado a una devoción extravagante por su modelo (“no se me aparece otra imagen en sueños que la de Cicerón...”, p. 61) es porque su interpretación cerrada de la *imitatio* le ha llevado a un callejón sin salida, uno que no le permite desarrollar su potencial intelectual ni aplicarlo fértilmente a la enseñanza o a la política: ser ciceroniano es para él una profesión de fe, más que un punto de partida estilístico y ético. El empeño de sus oponentes en el diálogo es el de reconducirle a una apertura estilística que redundará necesariamente en una apertura vital y moral: la alternativa ideal propuesta por Erasmo es una *imitatio* compuesta, capaz de beber en modelos diversos y de adecuarse a los temas del discurso; una *imitatio*, sobre todo, que no sea obstáculo a la fertilización del latín por el legado cristiano, sino que se abra a éste y lo integre.

El profesor Romo Feito hace gala de un buen sentido erasmiano de la *brevitas* en su introducción, aportando la información necesaria para el disfrute de la obra y su intención satírica, poniendo especial énfasis en los paralelismos entre Nosópomo y el humanista belga Christophe de Longueil, a quien Erasmo atribuía la profesión de un latinismo muy romanizante, basado en la atribución de un *status* superior a la cultura italo-romana heredada del antiguo imperio. Romo Feito señala agudamente la distancia real entre la compleja figura de Longueil y la caricatura que de él ofrece el texto, pero al mismo tiempo enfatiza la brillantez del juego irónico erasmiano, que conserva (añadiríamos nosotros) toda su eficacia y gracia expresiva siglos después de que se haya extinguido la polémica que le dio origen. Especialmente brillantes resultan las simulaciones de traducción de los principios básicos del cristianismo al estilo de Marco Tulio, según las cuales el Verbo encarnado e Hijo de Dios Padre, entregado a la muerte por los pecados del hombre, pasaría a convertirse en el “interprete e hijo de Júpiter”, que “voluntariamente por la salvación de la República se entregó a los dioses manes” para que así los hombres, “liberados de la dominación del sicofante, seamos asociados a la ciudad...” (p. 127). La risa es, como en tantas otras ocasiones, la mejor aliada polémica de Erasmo. Ello no nos distraerá, de todos modos, del objetivo último del texto: defender un uso de la latinidad incluyente, clasicista y cristiano a la vez, adecuado no sólo para la persuasión sino para la reflexión ética y la interacción fructífera con el mundo. Ser fiel a Cicerón, ser un buen continuador de su

modelo ético, puede así llevar a dejarle de lado como referencia básica: lo verdaderamente importante es que cada autor u orador pueda hallar (como el propio Cicerón hizo) el estilo que sea más coherente consigo mismo y más adecuado a sus circunstancias históricas.

A la promoción del concepto de adecuación entre discurso y realidad (de la idea, pues, de lo “aptum”) está enfocado el otro volumen que comentamos: el popularísimo *De Duplici Copia Verborum ac Rerum*, perteneciente mucho más nítidamente a la faceta de Erasmo como instructor y divulgador de una latinidad flexible y práctica. No se trata aquí de un texto narrativo o polémico sino de un instrumento puramente didáctico, una herramienta para el profesor y para el alumno: un manual de recursos para la mejora del discurso en latín, organizado en una extraordinaria profusión de ejemplos para el enriquecimiento del estilo (*copia verborum*) y del contenido (*copia rerum*).

Inevitablemente, la naturaleza de esta obra la hace mucho menos adecuada que el *Ciceroniano* para la lectura directa o incluso ocasional, pues su función no es realmente ésta: lo que tenemos aquí es una profusión de fórmulas latinas de todo tipo, que van desde las figuras retóricas (metáfora, metalepsis, sinécdoque, hipérbole, minoración...), pasando por formas de gradación adjetival (positivos, comparativos, superlativos...), hasta las posibilidades de expresión de todo tipo de sentimientos y situaciones. La edición del profesor Eustaquio Sánchez Salor está ejecutada con buen tino, dejando en latín todas las frases que el manual propone como ejemplos, pero traduciendo los comentarios y explicaciones que sobre todos ellos va ofreciendo Erasmo. Aunque la acumulación de fórmulas nos pueda parecer desbordante, es esencial advertir —y así lo hace Sánchez Salor en su Introducción— que para Erasmo la *copia* o acumulación no es jamás un fin en sí mismo, sino que debe someterse siempre al tema y al público a quien se dirige el orador. Nada más alejado de la perspectiva básica del *De Duplici Copia* que una “vana y deforme locuacidad”, una “vacía y no selecta acumulación de palabras y de ideas”, que pueda cargar “los pobres oídos de los oyentes” (p. 58). Al contrario: lo que se busca aquí es la adecuación dinámica entre fondo y forma, la capacidad de jugar con el latín de modo eficaz y expresivo, nunca como mera demostración de virtuosismo estilístico. La elegancia y la variedad que se nos proponen son ante todo instrumentos, elementos que deben interiorizarse y dominarse para garantizar un uso racional de la lengua: *res* y *verba* deben avanzar en la misma dirección y no cada uno por su lado. El modelo de escritor y de orador que se busca es en definitiva uno caracterizado por la lucidez: precisamente, “el autor que trabaje por enriquecer un discurso con todo tipo de figuras será el que mejor sepa reducirlo a una fórmula breve” (p. 62).

Era quizá inevitable que la parte relativa a la *copia verborum* triplicara en longitud a la dedicada a la *copia rerum*: al fin y al cabo este tratado se escribió para los estudiantes de principios del siglo xvi, y su objetivo principal era ayudarles a constituirse como escritores y oradores en latín, capaces de alcanzar una fluidez argumentativa plena, equiparable o superior a la que tuvieran en lengua vernácula. Erasmo aquí asume con plena convicción su función como divulgador, con algo de falsa modestia: “Llevado sólo por el afán de ayudar a afrontar esta tarea (hablar latín), no tengo envidia si son otros los que se llevan incluso toda la gloria, con tal de ser yo algo útil a los jóvenes estudiantes” (p. 58). La espectacular circulación del *De Duplici Copia* durante la vida de Erasmo, y durante largo tiempo después, es testimonio suficiente de hasta qué punto el autor cumplió su objetivo y contribuyó efectivamente a una renovación estilística. No podemos secundar al profesor Sánchez Salor, sin embargo, en su sorpresa ante el hecho de que algunas de las polémicas concretas en que Erasmo se encontraba metido desde principios de siglo aparezcan ocasionalmente entre el repertorio de ejemplos: “¿Debe el papa atacar Venecia?”, “¿Se debe atacar al rey de Francia?”, etc. No debe extrañarnos que ello suceda en lo que es ante todo “una obra técnica de carácter filológico” (40), ni tampoco que el papa Julio II sea repetidamente menospreciado en medio de los varios ejemplos de argumentación o de comparación que se ofrecen a los alumnos. Pues Erasmo no concibió jamás el aprendizaje de la latinidad como campo de especialización, sino como base para la aprehensión de la realidad contemporánea y para la intervención en ella: si su enemistad con Julio II asoma en más de una ocasión entre esta frondosa *silva* de claves retóricas, ello no es más que otra señal de su concepto del humanismo como forma de intervención en la *res publica*, con todas las consecuencias personales y políticas que ello pueda implicar para el autor, y a las que éste no tiene empacho alguno en aludir de forma veladamente irónica.

Toda recuperación de textos clásicos implica una oportunidad de resituarlos, en alguna medida, en el canon de referencia de la lengua en la que se editan, aun cuando ésa no sea su lengua original. Es de esperar que estas dos ediciones ayuden a devolver a Erasmo a las aulas universitarias españolas y al canon de los escritores que valen no sólo por lo placentero de su lectura (sobre todo en el caso del *Ciceroniano*), sino también por su capacidad para aumentar el buen gusto de sus lectores (en el caso de ambos textos). A los espacios, pues, en los que su presencia es más necesaria que nunca.

Joan Curbet
Universitat Autònoma de Barcelona
 Joan.Curbet@uab.cat